

Ángel Cappelletti, un libertario

El 25 de noviembre de 1995 se nos fue uno de los intelectuales imprescindibles en la formación de filósofos en Hispanoamérica. Ángel Cappelletti, el filósofo, el intelectual, el escritor, el libertario, el amigo, partió a la isla de la Buenaventuranza; el único lugar que imagino pueda estar. En la isla de los filósofos, en el lugar de reposo y de la meditación eterna.

Al Prof. Cappelletti lo conocimos por los años setenta. Trabajaba en la escuela de Filosofía de la UCV, además de sus clases en el postgrado de filosofía de la USB. Nuestros primeros encuentros, como alumno, fueron en sus seminarios sobre Aristóteles, autor que declamaba de memoria, enmendando las traducciones utilizadas en clase a partir del texto en griego. Posteriormente volvimos a coincidir en los seminarios sobre la Utopía y el Pensamiento Anarquista, que dio, por mucho tiempo, los sábados en la mañana en esa misma escuela. La última vez que tuvimos una relación académica con él fue en la elaboración de trabajos dirigidos dentro del postgrado de filosofía de la USB y como jurado de nuestra tesis de maestría. Pero aparte de esto estuvo luego la amistad, amistad que fue creciendo al pasar de los años con el intercambio de ideas, la cita precisa, la referencia a un texto necesario, el comentario esclarecedor sobre multiplicidad de temas, o el simple hecho de compartir soledades.

Tenía la paciencia de los orientales. Trabajaba en forma constante, como espantando las sombras de la ignorancia de todo lugar en donde se encontraba y por donde pasaba. Sus facultades de políglota le daban la

* Escuela de Comunicación Social. Universidad Central de Venezuela.

libertad de abordar continentes filosóficos en forma confiada, con la libertad de un niño que juega con las ideas imperecederas en el museo de los hombres pensantes y, como él, universales. Era, en el completo sentido del término, una biblioteca andante; hasta el volumen de su cuerpo denunciaba el ansia de acumular saberes, ideas y, por qué no decirlo, de degustar buenas comidas, pero siempre con la intención de compartirlo todo. Construía ensayos metódicos, lúcidos y de autores que parecían salidos de los lugares más extraños y recónditos a los ojos de los legos; el catálogo de sus obras aún está por hacer y seguramente que sobrepasan el centenar de libros y ensayos publicados. Con él nos introducimos en Aristóteles, Chuang-tse, Lao-tse, Séneca, Marco Aurelio, Etienne de La Boetie, Montaigne, Condillac, Godwin, Stirner, Proudhon, Kropotkin, Bakunin, por citar los autores por los cuales mostró siempre una afinidad constante, alimentada por su compromiso de hombre e intelectual libertario. No menos importante fue su labor de investigador dentro del pensamiento y de la ciencia en nuestro país. Su libro sobre el positivismo en Venezuela es conclusivo y esencial. Y no voy a referirme a su amplio catálogo sobre estudios y ensayos dedicados a la filosofía antigua, medieval y moderna, que muestran su ejemplar y honesta erudición, aunada al uso de un lenguaje y estilo directo, nada confuso y sí esclarecedor en cada uno de los temas que trató.

Pero su universalidad como intelectual estaba conformada por un conocimiento amplio, minucioso y erudito de todo el itinerario filosófico, tanto occidental como oriental (conocía el sánscrito y el chino). Pocas veces se topa uno con hombres tan firmes y constantes en una elección y estilo de vida libertaria dentro de la mediocridad plástica y la moral acomodaticia de nuestro mundo contemporáneo. Ante tanta banalidad, ante tanta superficialidad, ante tanta postura hipócrita, Cappelletti supo defender la llama del trabajo individual intelectual sin quedar domesticado por el juego fatuo de los poderes mezquinos, diseminadores de injusticia, absurdidad, explotación y de idiota arribismo y ventajismo estéril. Su actitud moral no podía ser sino la de un ferviente conocedor y practicante de la desobediencia civil y de la antigua templanza griega esgrimida y explayada en todo su ámbito vital, en tanto hombre, acadé-

mico e intelectual, mostrándonos lo que implica ser el dueño de sí mismo y el mantener la autonomía intelectual.

Cappelletti vino de la Argentina con todo su equipaje filosófico luego de haber sido discípulo del filólogo Rodolfo Mondolfo, autoridad reconocida dentro del panorama de los estudios sobre la antigüedad y de haber caminado un largo trecho académico por las universidades de Cuyo y Litoral en Argentina y en la de Montevideo en Uruguay. Cappelletti había sido contratado para conformar el cuerpo de docentes del postgrado de filosofía de la Universidad Simón Bolívar. No se quedó únicamente en ese recinto y prestó sus aportes y conocimientos, como ya hemos dicho, en la Escuela de Filosofía de la Universidad Central de Venezuela (la cual nunca, como muchas veces ha pasado, reconoció, en vida, la labor silenciosa de este intelectual al pasar por las aulas llenas de entusiastas alumnos que íbamos a escuchar sus clases con rigor absoluto) y en el postgrado de la Universidad de los Andes, última morada venezolana en donde compartió sus saberes.

En esta última casa de estudios fue donde sus amigos, posiblemente, lo vimos por última vez, antes de su regreso a la Argentina junto con sus familiares, después de varias décadas de compartir con nosotros. Y sobre todo en los apacibles días que tuvimos de intercambio fructífero de ideas y de propuestas en el marco del IV Congreso Nacional de Filosofía (Mérida, noviembre de 1994). Lo vimos, como siempre, de buen tono, irradiando gentileza y repartiendo alentadoras palabras y manteniendo el diálogo inteligente: medio filosófico, por excelencia, que cultivó en toda su existencia. En aquel entonces nunca pensamos que sería la última vez que estaríamos en contacto con esa figura quijotesca, universal pero lúcida de este argentino-venezolano sin par. Se iba pero dejando fuertes lazos con esta tierra. Lo sorprendente es esta partida tan pronta, tan imprevisible y absurda de un hombre que aún tenía mucho por dar y escribir. De todas maneras ahí están sus obras, sus ensayos, sus traducciones, sus conferencias a las que volveremos más de una vez.

Volvamos pues, en este momento, a Platón, y crearle, al menos, por una única vez y esperemos, como nos lo cuenta en su diálogo *La República* al referirse a Er —el hombre que regresó del mundo de los muertos—, que

exista lo dicho en su relato sobre la existencia de las almas al traspasar el límite de la vida. Así, creemos que Cappelletti estará contemplando ahora, junto con otras almas gloriosas, a la grandiosa estructura del universo y, si se cumple lo dicho por Er, pronto retornará al mundo bajo la forma que él prefiera, dentro de las múltiples posibilidades imaginables. Er nos dijo que Agamenón escogió regresar como águila, Ulises como un simple particular, Cappelletti, alma libertaria, seguro, pero seguro, escogerá regresar como anarquista: en él, maestro de la libertad, no hay duda de otra opción.